

Autores Argentinos .com  
contacto@autoresargentinos.com

## *EL BARBERO DE SUEZ*

*Monologue à deux voix  
pour Ludo Estebeteguy*

de Patricia Zangaro

a Maximiliano Fernández, "Maxi", mi sobrino

Es verano. Estoy sentado en la terraza del *Bar au Clou*. Me hubiera gustado pedir una cerveza. Sin embargo, ordené un jugo de naranja. Acabo de cumplir 23 años, y decidí hacer un cambio radical. Dejé el alcohol y el tabaco. Ahora soy vegetariano, y dos veces por semana me pongo los *rollers* y recorro de punta a punta el muelle. Lo único que no dejé es la marihuana. Fumo todas las noches. Mantiene despierta mi creatividad. Jugo de naranja. Con hielo. Hace calor. Y estoy sudando la remera. Es verde, con una leyenda que dice: *Keep the planet clean*. La luz sobre el río me encandila. Tal vez esta noche vaya al cine. Antes de pasar por el teatro. Para fumar con Pepe y Claire. Y discutir la programación de la próxima temporada. Tendría que ponerme a escribir. Pero hace calor. Y tengo la mente en blanco. Mamá se fue a Biarritz. Estará en la playa. Le gusta broncearse hasta ponerse cobriza. No le queda bien. Se llena de arrugas, y contrasta demasiado con su melena rubia. Pero a ella le encanta. Y sigue tostada hasta el invierno. Me aburro sin Santiago. No sé por qué quiso visitar a su familia en pleno julio. Hace frío allá abajo. Y las calles deben de estar desiertas. A él que le gusta tanto la noche y el ruido. El chico de la barra se le parece. Aunque es más moreno. Tiene acento sudamericano. Y unos brazos llenos de músculos y venas. Bebo un sorbo de jugo. Y ahora

siento ganas de fumar. Sobre la mesa, la *laptop*. Me recuerda que tengo que escribir. En cambio, miro los mensajes. Santiago no se conecta. Veo al chico cobrando en la otra mesa, y de pronto pienso en el culo de Santiago. Desvío la mirada hacia las manos. El chico tiene dedos gruesos, y no muy limpios. Se come las uñas. El culo de Santiago en mi cabeza. Reprimo el vértigo con un trago. El jugo no está frío. Un cubo de hielo. No escribo. Me hubiera gustado tomar una cerveza. O una copa fría de *karkade*. Como las que se hacía servir Hazem después de los ensayos. El sudor caliente sobre la piel desnuda de Jean y Fabrizio. Y la bebida helada de Hazem, para calmar la fiebre de su verga erecta. El chico tiene los labios de Santiago. Una col rosada en la cara oscura. Ahora me mira. Bajo los ojos y los clavo en la pantalla. Me arden las orejas. Suena el reloj. ¿Qué hora es? Siento un agujero en el estómago. Un vacío. El *Bar au Clou* enmudece. Apoyo los dedos sobre el teclado. Se hace negro alrededor. Pausa.

Me está mirando. El cabrón blanco no me quita los ojos de encima. No parece jugar al cazador. Tiene acné en la nariz. Y deditos de muñeca. Estará acostumbrado a pagar. Aprieto la propina en el bolsillo. Una semana más en el cuarto de Manuel. Y las sobras del bar en el estómago. No necesito vender el culo por ahora. Calor. Tengo el calzoncillo empapado. Me gustaría tomarme una cerveza. Sólo a un cabrón se le ocurre pedir jugo de naranja. Dejé el crack y los ácidos. Fue la promesa que le hice a mi mamá. Pero la cerveza no. Tomo todas las noches. Me ayuda a dormir. Y a olvidar el infierno. Ahora el cabrón mira la pantalla. La pareja de al lado ordena la cuenta. Poca gente esta tarde. Los ricos se fueron a la costa. Y los otros en la casa, al amparo del sol. Estoy sudando. Me muerdo de sed. Pero el patrón sólo me permite tomar agua. O un jugo, insípido, como el del cabrón que mira la computadora. Podría arrancarme el delantal, abrir una lata y mandar todo a la mierda. Siento fuego en la garganta. Me quemó. Pienso en mi mamá. Me mira desde el pasillo oscuro del departamento de

Once. Tiene los labios torcidos por la angustia. Y una arruga, como un hachazo, en la frente. Le prometí: nunca más. El fuego me abrasa la lengua. Aprieto los dientes para contener la náusea. Y el hambre urgente de inhalar. La maga. Polvo en la nariz y brea en los pulmones. La maga. Vértigo. Me estoy quemando. Necesito una cerveza. Miro al cabrón. Sus ojos de muñequito blanco sobre mi boca. Respiro hondo. Uno. Dos. Tres. ¿Qué quiere? Suena el reloj. Me ensordece. El patrón advierte la mirada, y me empuja hacia la mesa. Tarde. El cabrón baja la vista. Se queda inmóvil. La cara roja. Me detengo. Estoy por preguntarle si va a pedir otra cosa. Pero no saca los ojos de su pantalla. Espero con la bandeja en alto. Como un idiota. Y de repente, el muy cabrón se pone a escribir.

*El barbero de Suez.* La única frase que alcancé a tipear. Miro el muelle. Una pareja corre bajo el sol. Musculosos y bronceados. Pienso en mamá, tostada en la arena de Biarritz. ¿Qué hago clavado frente a la pantalla en la terraza del *Bar au Clou*? *El barbero de Suez.* Debería haberme tomado vacaciones. Tengo la mente reseca. Tal vez si fumara... No puedo encontrarme con Claire y Pepe sin llevar algún esbozo. Recuerdo el cuadro de Bonnat. El éxtasis del muchacho entre los muslos prietos del barbero. El chico de la barra hace girar la bandeja. Siento su sudor a mi lado. El calor abrasa. Intuyo el jadeo de su boca. Una col abierta en el rostro oscuro. Veo a Santiago del otro lado del océano. Entreabre los muslos en un callejón remoto. Otra vez el vértigo. En las vísceras. La urgencia de penetrarlo a la distancia. Entrar en su carne como la navaja aguda del barbero. Todavía queda algo de jugo. El hielo se fundió en el fondo del vaso. No escribo. El sexo erguido y la letra muerta. Como Hazem, en el tablado sórdido de París. Recitábamos monótonos los versos de Cocteau mientras movíamos en su nariz el miembro tieso. Diecisiete años. El bigote imberbe. Como el muchacho del cuadro de Bonnat, que se ofrece gozoso al barbero de Suez. “Si elegiste ser degenerado, no esperes

más cheques en blanco” tronó mamá. Su melena rubia azotando el aire. La amenaza nunca se cumplió. Pero yo me subí al primer tren a París. Para escapar de su casa. Paredes verdes, alfombras verdes y verdes los muebles. El fondo perfecto para su piel cobriza. Y acabé en la *troupe* de Hazem. Meneando el trasero al ritmo de Cocteau. Hasta que me ascendió a dramaturgo, gracias a mi escaso don para el meneo. ¿Qué hora es? Voy a pasar por el banco. Tal vez mamá me haya girado un cheque desde Biarritz. Tengo que cambiar los *rollers* antes de que se rompan. Mañana quiero salir a correr. *El barbero de Suez*. No escribí otra cosa. Claire y Pepe esperan una idea. ¿Por qué pienso en el cuadro de Bonnat? Me gustaría tomar una cerveza. O una copa fría de *karkade*. La remera sudada. Es verde. Como la alfombra de mamá. Odio el verde. *Keep the planet clean*. No. Lo que odio es la alfombra. La pared, el mobiliario. Tengo mucha sed. Otro jugo. De naranja. El chico de la barra mira el río. Adivino sus muslos, bajo el delantal. Tensos, oscuros. Como los del barbero inclinado sobre el púber. Otro jugo, por favor. Miro la pantalla. Una sola frase. Ni siquiera es mía. Y un desierto en mi cabeza. Mi dedo índice, sobre la tecla. Está temblando.

El cabrón dejó de escribir. Pero se queda mirando la computadora. Y yo clavado como un poste con la bandeja en alto. Jugo de naranja. Ni siquiera terminó de beberlo. Me muero por tomar una cerveza. Tengo que esperar hasta la noche. Mientras Manuel vigila el hotel puedo beber y dormir antes de que salga el sol. No sé con qué voy a pagarle la cama. Poca gente en el bar. Y cabrones que calientan la silla con un jugo insípido. Palpo la propina en el pantalón. Alcanza para unos días. No quiero volver a vender el culo. A un cabrón blanco con deditos de muñeca. Como el que mira la pantalla. *Keep the planet clean*. Un ricacho picado de acné con aires de ecologista. Cuenta en el banco y tiempo de sobra. La tarde entera en la terraza del café. Con la manito en el teclado. Y yo sudando bajo la mirada del patrón. Parásito. Nene de mamá. Mi vieja le hubiera volado la cabeza de un

sopapo. Como cuando volví perdido la primera vez. Le había vaciado el monedero mientras dormía. La noche entera girando por la ciudad. La maga. Polvo en la nariz y brea en los pulmones. Veo a mi madre al final del pasillo oscuro. Con la boca torcida y el puño alzado. “Si elegiste ser ladrón, que termines en prisión”, me auguró. Y yo seguí hasta cumplir el vaticinio. Me muero de sed. Otra vez el ardor en la garganta. La náusea. Y el hambre urgente en la boca del estómago. La maga. Respiro hondo. Miro el río. Una chica rubia cruza en bicicleta. Tiene los muslos finos y los pechos grandes. Como Lucía. Me encontró al salir de clase, acurrucado en la calesita, después de dos días de ronda. Pollerita escocesa y mocasines. Uniforme de colegio privado. De los que abundan al norte de la plaza. Tomaba una gaseosa bajo el gomero cuando me vio. Tendido junto al caballo de madera. No sé cómo no salió corriendo. Le hablé de la calle. Del odio al sistema. De la libertad. Poesía barata. Me dio el teléfono. Lucía. El cabrón me está mirando. Señala el vaso con el jugo. Por fin se dignó a pedir otra cosa. Propina doble. Ahora vuelve los ojos a su pantalla. El patrón me vigila. Tengo sed. El ardor sube. Y me quema la base de la lengua. No va a quedar otro remedio que tomar agua, con hielo. Y seguir esperando. Hasta el anochecer.